

C. CHILABE, C.P.

# A LA SANTIDAD POR EL AMOR



Perfil biográfico de J. PASTOR,  
M. M.<sup>a</sup> MAGDALENA DE JESUS  
SACRAMENTADO, Pasionista

BILBAO, 1979

C. CHIARI, C.P.

# **A LA SANTIDAD POR EL AMOR**

**Perfil biográfico de J. PASTOR,  
M. M.<sup>a</sup> MAGDALENA DE JESUS  
SACRAMENTADO, Pasionista**

BILBAO, 1979

Versión del original italiano publicado en la obra «Spiritualità della Croce», vol. IV, pp. 71-101, Roma 1978, por el P. José María Zugazaga, C.P.



*Nihil obstat:* P. Arturo Alonso Lobo, O.P.

*Imprimatur:* Dr. Constancio Palomo, Vic. General  
Salamanca, 14 mayo 1979

Efectúen los pedidos a: Padres Pasionistas  
Plaza de San Felicísimo (Teléf. 35 45 06)  
BILBAO-14

ISBN: 84-300-1182-X

Depósito Legal: S. 297-1979

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: «Calatrava»  
Libreros, 9  
Salamanca, 1979

En recuerdo del primer centenario de la  
venida de los primeros pasionistas a Bil-  
bao (1879-1979)

Y del 60 aniversario del ingreso de las  
primeras religiosas Pasionistas españolas  
(1919-1979)

## UN FENOMENO DE LA GRACIA

Vivía aún la M. Magdalena Marcucci, cuando el P. General de los PP. Pasionistas, Silvio de San Bernardo, pronunciaba las siguientes elogiosas palabras: «La M. Magdalena ya había dado señales de vida santa cuando estaba en Lezama. Desde entonces ha progresado mucho. No es ya una criatura humana, sino un serafín: nada quiere saber, sino de virtud. ¡Me ha abierto toda su alma, y me ha dado un enorme consuelo! ¡Nunca habría creído que fuese un alma tan bella!...».

Igual estima tenía de ella el dominico P. Juan González Arintero, O.P., fundador de la revista «*La Vida Sobrenatural*». Habiendo notado la superiora de las Pasionistas de Deusto (España), que la M. Magdalena apenas comía, preocupada, lo puso en conocimiento del P. Arintero, su director espiritual, el cual contestó: «A estas almas místicas hay que dejarlas estar».

Asimismo el siervo de Dios Mons. Juan Volpi, director de Santa Gema, tenía de ella grandísima estima. Decía: «La M. Magdalena está muerta a todo y Jesús la ha admitido a su intimidad»<sup>1</sup>.

La M. Magdalena viajó mucho: de Italia a Méjico, de Méjico a España, de España a Italia; de Italia a España, hasta morir en la capital de la nación española: Madrid.

1. *Cuaderno de las memorias de la M. Maria Teresa de Jesús*, hermana de la M. Magdalena, pp. 112-113 (el manuscrito en el archivo de la Postulación General de los Pasionistas, San Juan y San Pablo, Roma).

Muy activa, trabajó incansablemente en la construcción de tres Monasterios y de un Santuario. Entregada a la contemplación, en los tiempos libres empleó la pluma durante treinta años, y escribió importantes obras ascéticas y místicas que asombraron; en éstas se revela sedienta del Infinito y canta el amor de Dios de manera encantadora; hoy sus escritos están traducidos a diversas lenguas y están produciendo un bien espiritual inmenso a las almas.

Es la primera religiosa pasionista que se ha dedicado a este apostolado con éxito halagüeño, hasta el punto de que su doctrina ha sido comparada con la de Santa Catalina de Sena y de Santa Teresa de Jesús.

Ella misma, por expresa orden de los padres espirituales que la dirigían, escribió su *Autobiografía*, donde narra su progresivo itinerario hacia Dios Amor eterno. Es una obra que se lee con tanto gusto y provecho espiritual, que no puede uno menos de repetir, al final de la misma, las palabras de la Escritura: «Aquí está el dedo de Dios; las obras del Altísimo son admirables»<sup>2</sup>.

2. Exodo, 8, 19; Ecl. 11, 4.

## I. LUCA

### *Una niña voluntariosa*

La M. Magdalena vino al mundo en las primeras horas del día 24 de abril de 1888, en el pueblecito de S. Gemignano-Ponte a Moriano (Luca, Italia).

Su padre se llamaba Casimiro Marcucci; su madre, Sara Simi. Era un matrimonio acomodado y muy religioso. Magdalena era la tercera de cuatro hermanas. En el bautismo recibió el nombre de Josefina.

Cuando nació Josefina, Santa Gema contaba ya 10 años de edad. Vivía muy cerca, en la misma tierra luquesa, en la capital. Una misma tierra, una misma vocación, unos mismos directores las iban a unir en misterioso parentesco espirituales.

«Era un diablillo —escribió de ella su propia hermana María Teresa—, de una vitalidad incontenible. Parecía tener el cuerpo de azogue. Era el encanto de todos: querida y apreciada por todos.

Contó un día que había conseguido hacer el pino un centenar de veces seguidas en el prado delante de la casa.

Le compraron en cierta ocasión unos zapatitos nuevos. Ella, para poder correr más a gusto, los estropeó apretándolos fuertemente, los deshizo luego frotándolos entre los pies y los dejó por el suelo. Luego se lanzó a todo correr llegando a casa sin los dichosos zapatos. Fue necesario por la noche salir a buscarlos con luz, mirando por los lugares donde había jugado durante el día.

Mamá le había prohibido salir fuera de casa para ir a jugar con los hijos de otros señores; pero ella repuso: "¡Mamá, yo no puedo estar todo el día en casa crucificada, no puedo estar!"... "¿Que no puedes estar? Ya lo pensaré yo", le respondió mamá. Hizo que trajeran la cuerda del tendadero, luego puso a Josefina junto al pie de la mesa de comer, y la ató de pies a cabeza, y le dijo: "¡Ahora escápate si puedes!"...

Inmediatamente se puso con todas sus fuerzas y toda su mafia a soltarse de aquella cuerda. Consiguió arrastrar la mesa hasta la puerta de la sala. Al llegar a la puerta, no logró hacer pasar por ella la mesa. Entonces comenzó a chillar a grito pelado. Los señores del chalet vecino acudieron alarmados creyendo se trataba de alguna desgracia. Cuando vieron lo sucedido y escucharon de boca de la madre el misterio de lo ocurrido, explotaron en una risa sorprendida y se les pasó todo miedo<sup>3</sup>. Fue una lección imborrable para la futura religiosa llamada a la obediencia de la vida de clausura.

*¡No quiero las patatas!*

La M. Magdalena recogió en su *Autobiografía* un episodio bien significativo de su niñez. «Solían, a veces —cuenta ella misma—, poner de comida pollo con patatas; nosotras, niñas, tomábamos sólo el pollo; las patatas no las queríamos. Papá deseaba que nos acostumbásemos a comer de todo. Un día dijo a mamá que sirviese primero sólo las patatas y luego el pollo. Nosotras, en cuanto las vimos, empezando por la mayor, dijimos: "Yo no quiero patatas, yo no quiero patatas". Papá, serio, exclamó: "Quien no tome patatas, tampoco tomará el pollo"; y empezaron a reñirnos de que éramos todas muy malas y golosas, etc. Pero nosotras habíamos dicho que no, y no quisimos condescender. Papá, con la firmeza de hombre, pues mamá se

3. *Cuadernos de las memorias*, pp. 16-19.

habría movido a compasión, dijo a nuestra madre: "No como tampoco yo, pero no quiero que a ellas se les dé"; y se levantó disgustado de la mesa sin acabar de comer.

Cuando hubo marchado, mamá nos reprochó el mal que habíamos hecho: "¿No os da pena, dijo, que papá se haya quedado sin comer por vuestra causa? No le queréis bien; y si es verdad que le queréis, cuando venga id a pedirle perdón y a decirle que comeréis las patatas". Las demás se resistieron, pero yo dije enseguida: "¡Sí, yo voy!". Me había tocado en tal punto que mi corazón no podía quedar insensible; había nacido para amar y al presente no conocía otro amor más fuerte que el de mis papás. En efecto; en cuanto le ví, corrí a él y le dije: "Papá, le pido perdón; yo como las patatas". Y no lo hice para comer el pollo, sino porque quería de veras a papá y me pesaba haberle disgustado<sup>4</sup>.

#### *Un cambio radical*

A la edad de nueve años se realizó en Josefina un cambio. Decidida y voluntariosa como era, después de la primera comunión, «experimentó un gran cambio —escribe su hermana María Teresa—, de modo que estaba desconocida, no era la de antes. Alcanzó una seriedad muy superior a su edad. Comenzó a ir a Misa todas las mañanas y a recibir la santa Comunión. En casa se portaba de manera que daba mucha edificación; si le decíamos alguna cosa, jamás se excusaba; si se la reprendía, todo lo recibía con paz, sin mostrar el mínimo resentimiento. Yo no la perdía de vista, y la observaba continuamente en todo, y no podía menos de pensar que algún gran proyecto estaba madurando en su alma.

4. Cf. *Apóstol del Amor; autobiografía de J. Pastor*. Edición preparada por el P. Arturo Alonso Lobo, O.P. Salamanca, año 1971, pp. 48-49.



Era también manifiesto el desapego que tenía de las vanidades del mundo; no se preocupaba ni le importaba ya nada. Nunca pedía vestidos, y tomaba con indiferencia los que le daban. Tenía una cabellera muy hermosa, toda rizada, y cuando le veían algunas jóvenes un poco vanidosas, se paraban a mirarla y la enviaban; ella, en cambio, no le daba importancia alguna. Cubrió el espejo que tenía en la habitación con una imagen de Jesús Crucificado muy expresiva. Una vez me dijo: "El mundo jamás ha tenido fuerza sobre mi corazón; Jesús se adelantó a tomar posesión de él".

En casa era ella la que despachaba todos los trabajos menudos, como limpiar las habitaciones, el salón, etc. Si, acabada la comida o la cena, veía que la madre se levantaba y comenzaba a recoger los platos, ella decía inmediatamente: "¡No, mamá!, eso nos toca a nosotras". En la comida era mortificadísima, y buscaba todas las excusas para no tomar casi nada; pero yo me daba cuenta de que lo hacía por mortificación. En una ocasión me dijo: "¡Los santos hacían tantas penitencias para conocer la voluntad de Dios en la elección de estado!". Yo no comprendí cómo podía vivir con lo poquísimo que tomaba. El médico dijo que había crecido demasiado de prisa en poco tiempo (a los 12 años estaba ya muy desarrollada), que tenía los huesos blandos, que tenía necesidad de mucho alimento. Con lo poco que comía tenía que sentir hambre continua. La mamá estaba muy apenada, y se lamentaba con el párroco, que era también el confesor de todas. El le dio este consejo: "Dígale siempre: ¡Por obediencia! Por obediencia toma esto, por obediencia, toma lo otro". De este modo consiguió que tomara algo más.

Oraba mucho. Por la noche se ponía de rodillas detrás de la cortina de un colgador que teníamos en la habitación, y allí permanecía largo rato rezando antes de ir a la cama. Durante el día hablaba muy poco en casa. Cuando se ha-

llaba libre de ocupaciones y trabajos leía el "Catecismo de perseverancia", vidas de santos y otros libros buenos»<sup>5</sup>.

#### *Más que una misión continua*

«La devoción a Jesús Sacramentado era la que más esmeradamente cultivaba entre todas. De modo particular veneraba la Eucaristía cuando se practicaba la solemne exposición llamada de las "Cuarenta Horas". Solía permanecer horas y horas ante el Santísimo, siempre arrodillada, sin apoyar su cuerpo, inmóvil. Parecía que no sentía ni siquiera la necesidad de comer, tanto que la madre, para hacerla venir, tenía que gritarle desde el fondo de la iglesia. Entonces se levantaba en seguida y salía. A veces la madre le decía: "Pero ¿a qué esperas?, ¿a que te desmayes, antes de salir?". Ella respondía: "Te parece mamá, que se puede encontrar la muerte estando tan cerca de la Vida?".

Por la mañana, a fin de quitar a la mamá todo motivo de queja por estar demasiado tiempo en la iglesia —refiere su hermana Teresa—, nos levantábamos muy temprano, antes de que tocasen para la Misa. Antes que se abriese la puerta, hacíamos la preparación para la Comunión de rodillas sobre las gradas fuera de la iglesia. Comulgábamos al principio de la Misa y, apenas terminada, nos volvíamos a casa. Durante el día íbamos con frecuencia a hacer visitas a Jesús Sacramentado; y durante la tarde estábamos mucho más tiempo, hasta que la hermana del párroco venía a cerrar la iglesia, y empezaba a sonar las llaves, como diciéndonos: "Voy a cerrar; ya es hora de que os marchéis"»<sup>6</sup>.

Antes de hacerse religiosa, se dedicó durante varios años a un intenso apostolado, en particular a la enseñanza de la doctrina cristiana a las niñas, y a la preparación para la primera Comunión. Su acción y su ejemplo contribuyeron

5. Cuaderno de las memorias, pp. 22-25, 29-30.

6. *Ibid.*, pp. 32-34.

no poco a despertar de la fe en el pueblo, de forma que unas diez jóvenes se hicieron religiosas. La iglesia se veía muy frecuentada; todas las mañanas había un gran número de comuniones, como ordinariamente solía haber en las grandes solemnidades, y el párroco decía: «Josefina me ha revuelto a todo el pueblo; hace más que una misión continua»<sup>7</sup>.

7. *Ibid.*, pp. 35, 29.

## II. RELIGIOSA PASIONISTA

### *Al convento loca de contenta*

El «gran proyecto» que estaba madurando era la vocación religiosa en clausura: «Me doy cuenta —decía— de que en el mundo no puedo seguir de ninguna forma; me pesa hasta el aire que respiro».

En una ocasión, después de haber asistido a las conversaciones de los señores que se reunían por las tardes en casa con su madre, dijo a su hermana, que aspiraba al mismo ideal: «Me parece que si continuamos tomando parte en las conversaciones y en las diversiones, perderemos la vocación. No podemos dudar de que el Señor nos ha hecho el don de la vocación; pero Dios llama y ¡pasa! ... A nosotras nos toca acoger ese don y corresponder»<sup>8</sup>.

El camino hacia el monasterio se fue allanando a pasos. Las dificultades que tuvieron que vencer las dos hermanas no fueron pocas ni leves, especialmente de parte de la madre, que las adoraba. El P. Germán, venido expresamente de Roma, consiguió convencerla. A continuación llevó a las dos a las iglesita de las monjas pasionistas, que habían fundado hacía poco un convento en Luca, y delante de Jesús Sacramentado, y en tono solemne y profético dijo: «El cielo y la tierra pasarán; las montañas se convertirán en polvo; pero os juro delante de Dios, que vosotras dos seréis pasionistas»<sup>9</sup>.

8. *Ibid.*, pp. 38, 32.

9. *Ibid.*, p. 42.



El día 10 de junio de 1906 las dos hermanas fueron admitidas en el Monasterio por la superiora M. Josefa Armellini.

La M. Magdalena se hallaba en la flor de sus 18 años cuando entró en el claustro. Las circunstancias que influyeron en la elección de las pasionistas de Luca fueron, sin duda, la cercanía geográfica y espiritual de Santa Gema Galgani; los consejos de los directores de la santa estigmatizada (Mons. Volpi y el P. Germán); las relaciones con la familia Giannini, que hospedó a Santa Gema, y con la M. Armellini, confidente de la «pobre Gema».

«Apenas se abrieron las puertas de la clausura, recuerda su hermana María Teresa, la M. Magdalena echó a correr y se quedó sobre la pared que rodea el pozo del huerto de las monjas, para disfrutar en paz lo que tanto había deseado»<sup>10</sup>.

#### *Dios no hace las cosas a medias*

Antes de comenzar el noviciado, la madre quiso a toda costa que por un mes volvieran a casa M. Magdalena y su hermana; y tuvieron que resignarse a salir de la dulce soledad. Estaban como peces fuera del agua. Volvieron a entrar en el mes de abril. Tomaron el hábito pasionista el 27 de junio de 1907; y en esta ocasión Josefina dejó su nombre de bautismo y tomó uno nuevo: *María Magdalena de Jesús Sacramentado*. Profesó el año siguiente, 5 de julio de 1908.

En los primeros años tuvo una salud bastante precaria. A veces caía al suelo desvanecida. Nadie acertaba a explicarse la causa. La superiora, M. Josefa Armellini, lo atribuía todo a la edad. Pensaba que si aguantaba algunos años, se fortalecería y desaparecería el mal. El P. Germán, por su parte, afirmaba: «¡Tiene vocación, y es fuerte! El Señor no concede las gracias a medias; si le ha dado la

10. *Ibid.*, p. 42.

vocación, debe darle también la salud y los auxilios necesarios para todo».

Antes de la toma de hábito había dicho el mismo P. Germán a la M. Magdalena: «Aun cuando arrojase sangre por la boca, Ud. debe morir aquí. Y, aunque Ud. muriese, creo que Dios la resucitaría para que muriese monja pasionista»<sup>11</sup>. Y así fue. Murió pasionista a la edad de 72 años.

#### *Coloquios espirituales con el P. Germán*

A la novicia de San Gemignano le entusiasmaba la vida pasionista. Le llenaban las prolongadas meditaciones a los pies de Jesús Crucificado, el rezo de los Maitines por la noche, el canto de los salmos distribuidos a lo largo del día, las lecturas espirituales, las penitencias, el trabajo monástico; pero le angustiaban algunas dificultades, que eran efecto de su ansia de mayor perfección. Para disiparlas, intervino el P. Germán con sus coloquios tan llenos de experiencia, doctrina y santa unción. Ella misma refiere en la «autobiografía» el resumen de lo que le dijo:

«Dios es quien ha de santificarte; no eres tú. Déjate a ti misma, olvídate de ti. La santidad no consiste en mirar lo que somos, o estar examinando nuestros actos, acciones, palabras, cuanto en amar a Jesús, ocuparnos de El, pensar en El, esperándolo todo de su bondad. En nosotros no hay sino miseria y pecados; es preciso salir de nosotros, dejarnos en Aquel que, por ser infinito en misericordia, se complace y queda glorificado en los miserables que con humilde confianza se abandonan ciegamente a El. Deja todas estas cosas en que te ocupas y preocupas tanto, para agradar al Señor; actúa libremente sin temor; en cada caso, haz lo que te parezca mejor por el momento, sin detenerte tanto en examinar ni antes ni después tus acciones. Si yo te dijera lo que has de hacer en ciertas circunstancias que

11. *Ibid.*, p. 51: *Apóstol del Amor*, p. 147.

no es posible prever, te atarías y quizá entorpecerías la acción de la gracia que obra y se nos da en el momento y tiempo que es preciso. Escucha a Jesús, oye lo que te dice, haz lo que te pide».

«Una vez, al oír esto —continúa la M. Magdalena—, le dije: "¡Sí, Padre. V. R. dice bien; pero Jesús no me contesta". Al escuchar estas palabras, ¡qué tono de admiración tomó su voz! Paréceme oírle cómo dijo: "¡No contesta Jesús!, ¡no contesta Jesús!... Es porque tú no te paras a escucharle, quieres hablar tú y no le dejas a El. ¡Ah!, Jesús habla a todos..., Jesús es la voz de Dios, el Verbo Eterno del Padre, que se ha hecho hombre y ha venido sobre esta tierra para ser nuestro Maestro, para encender el fuego de su amor, y ¿es posible que no hable, que no enseñe a las almas deseosas de amarle? Jesús no es una cosa imaginaria, fantástica; es una realidad... ¡es una realidad!... No has de imaginártelo lejos, separado de tí, puesto que vive en ti..., es tu respiración, tu alma, tu aliento... El mismo lo quiere así; quiere hacernos iguales, porque el amor quiere la igualdad... Después de su resurrección dijo a Magdalena: Vete, y dí a mis hermanos... (nos llamó hermanos para que así le tratemos a El como hermano nuestro)". Y repetía a menudo, como lo tenía por costumbre, y me lo hacía repetir a mí: "¡Viva Jesús!". En ocasiones lo repetía 5 ó 6 veces seguidas.

¡Cuánto amaba a Jesús! Estando con El se me olvidaban las cosas que pensaba preguntarle, o bien me pasaba la gana de hacerlo; empezábamos los dos a hablar de Jesús y de esa forma cambiaban de rumbo nuestras conferencias. ¡Dichosa desgana!, ¡dichoso cambio! ¡Oh Jesús!, cuán cierto es que todo se halla en Ti. Y cuando se está contigo y se habla de Ti, todo se entiende, todo se sabe, nada hace falta... ¡Dulce Amor mío Jesús!, haz entender a las almas que no hay otra dicha mayor que la de amarte, que la de ser toda tuya, y que Tú das a todos valor y

fuerza para vencer los obstáculos y entregarse sin reservas a tu amor»<sup>12</sup>.

### Tres años en Méjico

En un ambiente tan favorable a la perfección religiosa, como el que la rodeaba, consiguió rápidamente una gran madurez de espíritu, que le granjeó la confianza de los superiores. Por eso, cuando vino a Luca el P. Juan de la Cruz, provincial español de los Pasionistas de la Sagrada Familia, en busca de religiosas para la fundación de un Monasterio en Méjico, la M. Magdalena, de apenas 25 años de edad, fue elegida para esa empresa con otras cinco religiosas; y partió el 18 de marzo de 1913 hacia Méjico.

¡36 días de viaje por tierra y mar! Desde Luca en tres días llegó a Viareggio; luego Spezia, Ventimiglia, Francia, España, con parada de cuatro días en Barcelona, donde visitó la catedral («¡qué belleza, grandiosidad y majestad!; parece la basílica de de S. Pedro en Roma»). Desde Barcelona, cumplidos los requisitos de pasaportes y exámenes médicos, en el barco «Buenos Aires», zarpó para América. Patético su saludo a la patria: «¡Adiós hermosa Italia, pupila de Dios!».

En el «Diario del viaje de las cinco palomas de Jesús y un gavilán», la M. Magdalena escribe la crónica de cada día con notas muy interesantes. Nada se le escapa: La calma solemne del mar azul, los relámpagos y los truenos de furiosos temporales, el zambullido de grandes peces que parecían tener cabeza de hombre, los amaneceres («¡qué belleza, qué encanto!»), exclama, los ocasos, las nubes («el mar parecía una gran caldera que hierve»), el menú de las comidas y las cenas, la tempestad y el viento que inunda de agua durante la noche su camarote («¡qué miedo!»), el desahogo de las conversaciones, el consuelo de la Misa diaria, la escala en Nueva York («¡qué ciudad ésta, hay que

12, Apóstol del Amor, pp. 177-178.

verla para creerlo! »), con visita a la catedral de S. Patricio («¡oh, estas son las verdaderas bellezas que también me gustan a mí!»), exclama) etc.

Finalmente, tocaba tierra cubana tras 28 días de mar; y el 23 de abril llegó en tren a Méjico. ¡Cuántas emociones y aventuras! <sup>13</sup>.

Pero, aún después de tres años de permanencia activa en aquella nación, no se pudo llevar a efecto la proyectada fundación, a causa de la revolución que convulsionó el país.

13. M. Magdalena de Jesús Sacramentado. *Diario del viaje de las cinco palomas de Jesús y un gavián, que dejando el amado nido de Luca, han ido a construir otro nuevo en Méjico*. Dedicado a la superiora Giuseppina Armellini (fotocopia del original, Archivo de la Post. Gen. CP. SS. Giovanni e Paolo, Roma).

### III. DEUSTO

*¡En España te espero!*

No nos detenemos en referir las vicisitudes, peligros de todo tipo, las ansias y sufrimientos vividos durante el breve tiempo de la permanencia en Méjico. La comunidad pasionista esperó que se calmase la tempestad. Pero no fue así, antes bien, conforme pasaba el tiempo, la situación fue empeorando. Entonces los superiores que habían proyectado la fundación pensaron en abandonar la idea.

Pero ya el Señor había dicho varias veces a la M. Magdalena: «¡Te espero en España!». Por eso, cuando los superiores decidieron el regreso, ella con otras dos compañeras, salió de Méjico para España el día 13 de enero de 1916. Los pasionistas españoles se interesaron por el grupo de religiosas que, huídas de Méjico, retornaban a Roma y les instaron a que se quedaran, con vistas a una fundación en España. La primera permanencia provisional la hicieron en el pueblecito vizcaíno de Lezama. Allí vivieron en la más austera pobreza por espacio de dos años, hasta que se terminara la construcción del nuevo Monasterio de Deusto, edificado por los religiosos pasionistas de Bilbao.

El traslado de la pequeña comunidad al nuevo Monasterio de Deusto tuvo lugar el 29 de septiembre del año 1918. Al cabo de algunos años fue elegida por la comunidad como Maestra de Novicias e incluso superiora.

Cuando la aventura de Méjico la M. Magdalena pasó por un momento de tentación sobre los misteriosos designios de Dios: «¡Señor! —se decía—, pero ¿qué es lo que habéis hecho? Si nos queréis en España, ¿no podíais habernos traído desde un principio, sin hacernos dar antes esa gran vuelta por medio mundo? Podíamos haber hecho aquí mucho bien; en cambio, ¡cuánto tiempo perdimos...!».

Pronto encontró la respuesta a la tentación: «En Dios —se dijo a sí misma— no hay prisa en su obrar; porque tiene a su disposición la eternidad. Nos dice que toda obra de Dios debe tener el sello de la contradicción, de la humillación, de las dificultades; porque El quiere que sus obras surjan en medio de ellas, ya que de la nada sacó todas las cosas. Nos dicen que, para ser dignos instrumentos de su gloria, es menester ser primero probados y purificados en el crisol del sufrimiento. Nos dicen que son estos los sólidos cimientos de las obras de Dios para que surjan y permanezcan seguras. Sabemos, además, que Dios pide a veces a sus criaturas cosas que no pueden realizar ellas solas, para recompensar con las mismas el deseo que han tenido de ejecutarlas; pues es cierto que, ante la bondad divina, los deseos sinceros del corazón son premiados como las obras.

Por lo tanto, en vista de esto, ensancha cuanto más puedas tus deseos, ¡oh alma mía!, y abre tu corazón a la confianza; todo lo que deseabas hacer y sufrir en Méjico por la gloria de Dios, incluso el martirio, lo ha aceptado El y te lo pagará un día con su amor, ya que ha sido amor la única paga que le pedías. Animo pues y adelante; que si poco es lo que hiciste, mucho, muchísimo es lo que deseaste y lo que todavía deseas hacer por Dios. ¡Oh Señor!: dignaos aceptar mis deseos, los de Méjico y los de España, y cumplirlos solamente del modo que a Vos plazca»<sup>14</sup>.

14. *Apóstol del Amor*, p. 310.

En estos primeros años de permanencia en España su vida interior tuvo un evidente incremento, hasta el punto que, estando en Lezama, con permiso de su confesor, hizo voto de contrariar sus naturales inclinaciones. Voto muy arduo y que requiere mucha vigilancia. El 12 de diciembre de 1919 emitió en Deusto otro voto, verdaderamente heroico, el de hacer siempre lo que le pareciera más perfecto y agradable a Dios. En sus escritos, después de este voto, señala: «Sábado 12 de diciembre de 1919, triunfo de la gracia»<sup>15</sup>. Realmente resulta evidente que la M. Magdalena en estos momentos se hallaba bajo el perfecto influjo del espíritu.

#### *El nombre de Jesús en carne viva*

A los dos votos ya mencionados añadió, en el año 1920, un gesto muy significativo. Hacía ya años que el P. Germán, escrutando sin duda los deseos del corazón que la M. Magdalena no se atrevía a manifestar, le había dicho en una conferencia: «Ya sé lo que deseas: quieres escribir en tu carne el nombre de Jesús y vienes a pedirme el permiso». Y luego añadió también otra cosa, es decir, la de escribir con mi sangre el voto. «Lo sé —dijo cuando yo le mostré mi asombro—; me lo ha dicho Jesús». A estas palabras se enardeció aún más y más mi deseo de hacer las dos cosas cuanto antes. El lo conoció y quiso mortificar un poco mi ardor y viveza. Me dijo que me permitía lo primero, pero que esperara un poco; él mismo me traería el hierro con el nombre de Jesús cuando volviera de Roma. De lo segundo, es decir, escribir con sangre el voto de amor, me dijo que no, porque, añadió: «Tu sangre es mala, no vale nada».

Posteriormente expuso su deseo al director espiritual, el P. Ignacio de Santa Teresa; pero le respondió secamente: «¡Basta la Regla!».

15. *Ibid.*, pp. 344-345.



En cambio, en Deusto, su director le dijo: «Sí, lo puede hacer, pero no se haga mucho daño». Este permiso le causó la más viva alegría. Ya tenía preparado el hierro con las iniciales JHS. Sobre la H iba una pequeña cruz. Se hizo con el carbón para calentar el hierro, y cuando estaba ya candente, lo tomó y con él esculpió en medio del pecho el nombre de Jesús. Con tanto amor hizo este gesto que ni siquiera sintió el dolor de la quemadura. En dos semanas se cerró bien la herida y quedó la cicatriz con el nombre de Jesús<sup>16</sup>.

Este gesto aumentó no sólo su amor a Jesús, sino también la humildad, porque siempre se tuvo por una miserable pecadora. La cosa permaneció siempre oculta, lo reveló la *Autobiografía* después de su muerte<sup>17</sup>.

#### *El encuentro con el P. Arintero, O.P.*

La M. Magdalena continuó progresando en la íntima unión de amor con Dios, sin desviaciones, porque nada emprendía sin permiso de sus directores espirituales.

En Deusto desde 1922 a 1928 fue su director espiritual el Siervo de Dios P. Juan G. Arintero, O.P., cuya causa de batificación ya está introducida. El primer encuentro con él tuvo lugar el 5 de febrero de 1922. Como el P. Arintero estaba muy sordo, para comunicarse emplearon una rudimentaria corneta de goma que terminaba en un embudo.

Los efectos de aquella entrevista los resumió así la M. Magdalena: «No sé decir lo que ambos experimentamos en aquel momento; yo, por mí, puedo manifestar que, al encontrarme frente a él, más que al P. Juan ví y conocí su bella alma.

Sí, nuestras almas se vieron, y al instante se conocieron y entendieron admirablemente con una intuición especial;

16. *Ibid.*, p. 347.

17. *Ibid.*, pp. 346-348.

porque Dios en ese momento nos debió mirar a los dos, y bajo su mirada divina es como se forman las verdaderas amistades, como se unen las almas, pues así se aman y se entienden mucho mejor que con las palabras, sin verse obligadas a tener que hablarse en la forma dicha; lo experimenté yo muy bien»<sup>18</sup>.

Entre ambos se intercambiaron una copiosa correspondencia espiritual, continuada todavía más abundante bajo el nuevo director, P. Sabino M. Lozano, O.P.<sup>19</sup>.

#### *Escritora mística*

La primera cosa que el P. Arintero pidió a la M. Magdalena fue la colaboración para su recién fundada revista «*La Vida Sobrenatural*». Después de haber superado algunas dificultades, lo aceptó de muy buena gana, porque desde ya hacía tiempo el Señor la llamaba al apostolado activo; pero no sabía cómo unir su vida de clausura con la actividad externa.

Desde 1922 hasta su muerte (1960) colaboró constantemente con la pluma en la difusión de la verdadera doctrina mística. Para proteger su humildad y esconderla a la curiosidad de los lectores, el P. Arintero firmó sus artículos con el seudónimo: *J. Pastor* (es decir, «Jesús Pastor»).

18. *Ibid.*, pp. 359-362.

19. Estando para morir el P. Arintero (en febrero de 1928), dejó ardegladas las cosas para que le sucediera el P. Sabino Martínez Lozano, D.P., en la dirección espiritual de la M. Magdalena. Las cartas que se escribieron el P. Arintero y la M. Magdalena fueron publicadas por primera vez el año 1968 en un volumen titulado *Hacia las cumbres de la unión con Dios*; agotada la primera edición de 2.500 ejemplares, se procedió a imprimir una segunda de 5.000 ejemplares, con 292 páginas, el año 1979. Es todavía más amplia la correspondencia entre el P. Lozano y la M. Magdalena, ya que duró desde 1928 hasta 1960; está también publicada el año 1972 en un volumen de 736 páginas con el título *En la cima del monte santo*. Ambas obras fueron sacadas de sus originales y editadas por el P. Arturo Alonso Lobo, O.P. (Apartado 17. Salamanca).

Desde un principio sus colaboraciones suscitaron vivo interés y produjeron un gran bien en las almas. Todos los lectores creían que el misterioso personaje oculto bajo el nombre de «J. Pastor» era un sacerdote o un religioso docto en teología, tanto por la profundidad del pensamiento, como por las frecuentes citas latinas de textos bíblicos bien seleccionados. Algunos, tocados de la curiosidad, trataron de descubrir al extraño autor; pero el secreto se mantuvo discretamente protegido.

Cuando la M. Magdalena se encontraba más asediada de quienes querían conocer la verdad, o sospechaban la identidad del autor, los PP. Dominicos, redactores de la revista, cambiaban el seudónimo por algún tiempo, firmando sus artículos con otros nombres extraños. «Si se hubiera sabido que [aquellos escritos] eran de mujer y de monja, bajaban automáticamente de categoría. Claro está que esto es una tontería, porque las cosas son lo que son y valen lo que valen, dígalas quien las dijere. Santa Teresa fue mujer y monja, y Santa Catalina también; y las dos tenían algo que decir digno de que lo pensemos los hombres de todos los tiempos»<sup>20</sup>.

### *Apóstol del Amor*

Los artículos de la M. Magdalena, corregidos de su deficiente lengua española por el P. Arintero, eran esperados y leídos con avidez. Ponían de manifiesto con rara habilidad, claridad y unción las profundidades de la doctrina mística y las estupendas maravillas del amor de Dios.

Tuvo, sin duda, una misión del Señor para este apostolado. «Un día, estando en estas ansias de amor, después de haberme disipado a los quehaceres materiales quizá con excesiva preocupación, fui al coro a la hora de sexta y nona y, en esos minutos que hay antes de dar principio al

20. Cf. *Apóstol del Amor*, pp. 8-9. Las palabras transcritas son del P. Sabino Martínez Lozano.

Oficio Divino, me recogí pidiendo perdón al Señor por haberme disipado demasiado en las cosas exteriores, y le decía: "¡Oh Jesús!, ya estoy aquí; yo contigo y Tú conmigo, ¿verdad? Siento tu divina y real presencia en el Sacramento de tu amor...; ya tienes aquí a tu pobre esposa María Magdalena de Jesús... *Sacramentado...*". Y pensaba en mi nombre, en las cosas que él me recuerda... ¡Cuánto amor por parte de Dios...! Al terminar yo de pronunciar mi nombre, El añadió: "Apóstol de mi amor". "El apóstol del amor —dije yo— es San Juan". Pero el Señor me replicó: "Es quien yo quiero que sea". Desde entonces me llamé y soy: María Magdalena de Jesús Sacramentado, Pasionista-Dominica, Apóstol del Amor»<sup>21</sup>.

Y fue verdaderamente el «Apóstol del Amor», porque el tema principal de sus escritos es el amor de Dios. Con encendidos acentos y expresiones originales; con profunda y sólida doctrina trata del divino amor. Como Teresa de Avila y Teresita de Lisieux cantó también el amor en abundantes campos. El bien que hizo a las almas con sus artículos sobre el amor de Dios, recogidos luego en el volumen «*La santidad es amor*»<sup>22</sup>, es enorme. No es de extrañar, pues, que en la presentación de su «autobiografía», el dominico P. Arturo Alonso Lobo, profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca, haga votos para que la M. Magdalena sea declarada por la Iglesia no sólo santa, sino también «doctora del amor de Dios»<sup>23</sup>.

21. *Ibid.*, pp. 419-420.

22. Los distintos libros que integran esta obra fueron publicados separadamente hasta seis veces en tiradas aparte. El P. Sabino M. Lozano hizo la primera edición completa y conjunta de todos ellos el año 1963 en volumen de 596 páginas. La segunda edición fue publicada el año 1973 por el P. Arturo Alonso Lobo, completándola con nuevos originales de la M. Magdalena y logrando —con una disposición tipográfica apropiada— un hermoso volumen de 472 páginas.

23. *Apóstol del Amor*, pp. 14, 17, 18.



La M. Magdalena merecería este honor, bien por su eminente doctrina espiritual, bien por la santidad de vida y singulares dotes intelectuales, de las que dice el cardenal Cento: «Su inteligencia estaba hecha para las rápidas síntesis y los altos vuelos. Cuando comenzaba a tratar algún tema, no podía contentarse con hacerlo superficialmente, sino que lo desentrañaba bajo todos sus puntos de vista. Era también poeta —¿no lo fue Santa Teresa?—, transfundiendo en los versos, si bien no siempre redactados según la rígida técnica, la exquisitez de su alma, enamorada de todo lo que eleva hacia lo celestial.

Sin embargo, más que sus nada comunes quilates intelectuales, fue su temple espiritual lo que la hizo admirar. Prevenida por Dios, que la quería toda suya, no tuvo sino un ansia, una aspiración, una sed devoradora: la de amarle con todo el ímpetu de su corazón... Se fue [a formar parte] entre las hijas de San Pablo de la Cruz, y consiguió su objetivo en plenisíma totalidad: Cristo crucificado fue su encanto, su tesoro, su imán»<sup>24</sup>.

24. Estas palabras del Cardenal Cento están tomadas de una carta que escribió al P. Lozano, y que éste publicó en la «Introducción» a la primera edición que hizo de las «obras espirituales completas» de la M. Magdalena con el título *La santidad es amor*, cf. pp. 7-8.

#### IV. EN MADRID

##### *Constructora de tres Monasterios y un Santuario*

Después de cuatro años de magisterio espiritual en calidad de maestra de novicias, fue elegida superiora de la comunidad de Deusto el 25 de junio de 1928. Pero en el año 1935 fue llamada a Luca por la Santa Sede, para regir aquella comunidad de religiosas pasionistas.

En esta ciudad trabajó durante seis años, y consiguió construir el nuevo Monasterio y el Santuario de Santa Gema. Se granjeó el amor y la estima de las religiosas, que veían en ella, tan activa, una verdadera hija de S. Pablo de la Cruz.

Cumplida su misión en Luca, la M. Magdalena salió para España el 14 de julio de 1941. Pero, por diversos motivos, no volvió a Deusto. Pronto, en efecto, tuvo el encargo de fundar un nuevo Monasterio de Pasionistas en la capital, en Madrid. ¡Cuántas fatigas y dificultades no tuvo que soportar! Pero después de años de trabajo el Monasterio y la iglesia aneja estaban terminados en el año 1960. Con todo, al igual que en Luca, no tuvo la alegría de asistir a las fiestas de la inauguración, porque un mes antes el Señor se la llevó al cielo.

##### *Carta a Sor Albina*

El 23 de agosto de 1959 escribió la siguiente carta a Sor Albina: «Entre todas las cartas de felicitación, la más

grata me fue la suya, porque me dice que, no obstante mi indignidad, usted, querida Madre, me recuerda delante de Jesús, y me dice cosas que hacen bien a mi alma.

Cuando escriba, no tema abrirme su alma: la veo tan transparente en Jesús, que no puedo menos de pedir con gozo a mi Señor: Derrítenos a las dos en un mismo amor y en un mismo dolor.

A mí no me pide penitencias especiales, porque todas me las han quitado; pero Jesús no me deja sin esta semejanza con El, que siempre sufrió y quiere asemejar a El a las almas que desean amarlo. Me da sufrimientos de espíritu por las almas que no ceden a las exigencias del Amor, almas infieles... ¡Ah, buena madre! Quizá usted sepa mejor que yo cuánta indiferencia hay entre los cristianos y en las mismas almas a El consagradas. Cuando pienso que los intereses del Esposo son los nuestros, y que debemos tomar parte en sus penas, me ofrezco a él... Pero ¡soy tan poca cosa!... No obstante él lo acepta, y me da a entender que está contento cuando el alma se le entrega incondicionalmente, aunque no valga nada.

De ordinario, cuando quiere servirse de un alma para cosas de su gloria, comienza por sumergirla en el abismo de la propia miseria, para que vea la mano de Dios que la sostiene y luego obra en ella lo que quiere, si no le resiste. Madre mía, ¡ojalá sea yo esta alma afortunada que da a Jesús cuanto le pide, cueste lo que cueste! Todo es poco para el que nos ha amado hasta la muerte y continúa su inmolación por amor...

Estamos en vísperas de reemprender los trabajos de la iglesia. En Señor en su bondad nos ha abierto un camino luminoso, cuando todo era oscuridad. Para mí hay más trabajo y preocupaciones, pero estoy contenta de poder ofrecer pronto a Jesús una casa, donde sea venerado y amado de muchos corazones. En el altar mayor se colocará un hermoso crucifijo al natural, regalo ( ¡adivine de quién! ).

El Señor acaba de elevarlo a la sagrada púrpura... ¡Jesús nos lo conserve muchos años!

En el amor de Jesús y de María créame suya. M. Magdalena, pasionista»<sup>25</sup>.

*Todo pasa: sólo el amor queda*

Aquel «más trabajo y preocupaciones» para la construcción de la iglesia, junto con los años, le hicieron sentir su peso al inicio del año 1960. En carta del 26 de enero del mismo año escribía al P. Lozano, su director espiritual: «Me han prescrito un régimen sin sal, y me dan varias medicinas. Padre mío, estoy tranquila; obedezco y tomo cuanto me dan.

Si Dios y mi Madre lo quieren, responderé, en seguida. Si disponen de otra forma, estoy igualmente contenta. Entre tanto he hecho algunos actos de amor de Dios; he ofrecido mi vida por la santa Iglesia, por el Concilio, por España y por mi comunidad. Todo pasa, queda el amor.

No se preocupe, Padre, en escribirme. Basta, yo se lo digo. Sólo le pido que cuando rece el rosario, al decir: "Dios te salve, María, el Señor es contigo", añada algunas veces: "También con Magdalena"; y pídale que sea fiel al amor de los dos. Que muera cuando Dios quiera en sus mismos brazos, y que desde ellos vuele rápidamente al fuego del amor eterno, donde me espera Dios. ¡Adiós, Padre! Soy feliz. Bendígame. Su pobre hija, María Magdalena»<sup>26</sup>.

25. Carta del 23 de agosto de 1959 (fotocopia del original en el *Archivo de la Postulación General*, C.P., Roma). La persona a la que hace alusión ahora la M. Magdalena era el Cardenal Cento.

26. P. LOZANO, O.P.-J. PASTOR, C.P., *En la cima del Monte Santo*, Salamanca, 1972, p. 701. Carta del 26 de enero de 1960.

### *El vuelo al amor eterno*

Ya estaba pronta para el último viaje, ella que tanto había viajado. El 9 de febrero de 1960, comprendió que la marcha era inminente. Tuvo un fuerte colapso. Las religiosas llamaron inmediatamente a un médico y a los PP. Pasionistas del cercano convento. Muy pronto llegaron los Padres y le administraron la unción de los enfermos. Habiendo recobrado el conocimiento, la recibió con plena lucidez. El médico la encontró mejor.

El día siguiente, 10 de febrero, muy de mañana, volvió a sentir alguna molestia. La enfermera consiguió reanimarla. Pidió la comunión por viático. La comunidad, observando su lucidez y buen aspecto, recobró la esperanza de que superara el peligro; pero la Madre les dijo: «No os hagáis ilusiones, yo siento que la vida se me va».

Llamado de urgencia un especialista, diagnosticó una pulmonía y ordenó se le administrase terramicina. Se le aplicaron antibióticos, pero sin resultado. La enfermera le practicó una segunda inyección, sin reacción favorable. Se intentó una tercera, pero la enferma expiró sin más.

La noticia de su muerte se esparció como un rayo. Comenzó la gente a presentarse en el Monasterio. Tenían a la M. Magdalena por santa. Querían ver su cadáver, tocarlo con objetos religiosos para conservarlos luego como reliquias.

Entre las personalidades que se presentaron en el Monasterio con el fin de visitar a la difunta, estaba el futuro Cardenal Antoniutti, a la sazón Nuncio de Su Santidad en España.

Su cadáver fue sepultado en la cripta del Monasterio construido por la Magdalena en la calle Arturo Soria, 257 (Madrid).

### *Una profecía del Padre Germán*

En cierta ocasión, al comienzo de su vida religiosa, la M. Magdalena había dicho al P. Germán: «¡Padre —le dije—, Jesús, al ver que nunca cumplo lo que le prometo, a pesar de sus gracias y repetidos llamamientos, terminará por cansarse de mí y me abandonará»... Al oír el Padre esto, me dijo con palabras firmes y graves: «Sobre ti prevalecerá la gracia y te harás santa». Yo le repliqué: «La gracia no me faltará, no lo dudo; pero yo resistiré a la misma». Entonces él con tono solemne, marcado y penetrante, que jamás olvidaré, me dijo: «Si la gracia prevalece, ¿cómo podrá resistir una débil mujer? Llegará un día en que tú misma reconocerás este triunfo de la divina gracia en tu alma y te harás santa; te lo aseguro: no lo dudes»<sup>27</sup>.

Parece que la profecía del P. Germán se ha cumplido. Muchos hoy hacen votos para que la Iglesia confirme con su autoridad la virtud de la M. Magdalena, cuya fama de santidad se extiende por el mundo, a través de la lectura de sus escritos, traducidos ya a varias lenguas, que operan un gran bien espiritual en muchas almas.

27. *Apóstol del Amor*, p. 342.

1.—RELACION PRIMERA DE CONCIENCIA DE LA  
M. MAGDALENA A SU DIRECTOR ESPIRITUAL  
P. JUAN GONZALEZ ARINTERO, O.P. \*

*Deusto, 7 febrero 1922*

Muy Rvdo. Padre: Teniendo disponible, sin pedir un permiso especial, menos de media hora por día, hoy mismo empiezo la breve relación que V. R. ayer me mandó hacer, para que —conociendo mi vida pasada— pueda, si así es voluntad de Dios, como a mí me parece, guiar mi alma en la vía de la perfección a fin de que pueda llegar pronto a Dios y en El perderme. Creo que sólo entonces serán satisfechos los deseos de mi corazón.

Primeramente le diré la suavidad con que le abro mi alma. Yo misma, después de la primera entrevista con V. R., me quedé sorprendida de cómo había podido sin ningún preámbulo hablarle en seguida de cosas que a otro me habría costado mucho. Mas si dirijo una mirada al modo con que Dios ha obrado en mi alma en lo pasado, dejo de sorprenderme, por haber conocido siempre ser cosa propia del Señor conducir las cosas a su término «fortiter el suaviter»; de modo especial con las almas que, sin preocuparse de sí por nada, se abandonan a ciegas en sus brazos.

Cuando vino V. R. yo dije a la Madre sólo estas palabras: «si hay tiempo desearía hablar con el Padre». Sin mostrar afán, pues me quedaba contenta en todo caso. Y el Señor dispuso que yo

(\*) Las páginas autobiográficas que siguen están tomadas de la obra *Hacia las cumbres de la unión con Dios*, 292 pp. (2.ª ed., año 1979), en la que el P. Arturo Alonso Lobo, O.P., publica la correspondencia espiritual completa entre el P. Arintero y la M. Magdalena (cf. pp. 17-26). Pero recordamos que existe una relación más amplia y detallada de todo esto en la *autobiografía* de la M. Magdalena, que el mismo P. Arturo publicó con el título *Apóstol del Amor*, 582 pp., Salamanca 1971.



fuese, creo, la que más se aprovechase de su visita, ¡Qué bueno es el Señor!

No recuerdo de que V. R. me ordenase decir también mis pecados; por eso no los digo; y además porque mi confesor en Italia me prohibió volver más sobre ellos, después de la última confesión que hice; y porque también, dados los límites que ha fijado V. R. de 8 páginas, no podré alargarme mucho. Pero si V. R. me dice que lo haga, estoy siempre dispuesta y de buena gana. Lo que ahora diré es hasta los 13 años, momento de mi conversión a Dios. Quisiera borrar este tiempo de mi existencia; mas ya que ésto no puedo hacerlo, pediré al Señor que dé lágrimas a mis ojos todos los días de mi vida para ofrecérselas unidas a la Sangre de Jesús a fin de que perdone mis graves extravíos.

Antes de nacer, mi mamá me ofreció y consagró a María Santísima. A esta celestial Madre debo, por lo tanto, el haber vuelto al redil. Todo lo que se puede hacer de mal a esa edad, yo lo hice. No buscaba más que juegos, travesuras, diversiones mundanas. Mis dos hermanas mayores y mi mamá, muy cristianas, me detenían. Mas, algunas veces, con engaños y trampas, conseguía lo que quería.

El Señor me dio una precoz inteligencia, que yo empleaba toda para el mal. De natural ardiente y fogoso, más de hombre que de mujer, no permitía paz en ninguna parte en donde yo estaba. «¡Qué será de esta niña cuando sea mayor!», le decían a mamá. Pero tenía de bueno que, después de haber dado algún disgusto a papá o mamá, iba pronto a pedirles perdón; por eso me querían más que a los otras. También ero yo siempre la primera en recordar a mis hermanas de ir por la noche a pedirles la bendición; y me ponía muy contenta, cuando me contestaban: «¡Dios te bendiga y te haga santa!».

**MUERTE DE SU PADRE.**—Cuando tenía 8 años, murió papá. Mamá, después de la muerte de papá, estaba muy triste y lloraba a menudo; a mí me daba mucha pena. Para consolarla me sentaba sobre sus rodillas, le echaba el brazo al cuello y la llenaba de besos. Por este motivo y porque era la más pequeña, era la más querida y la más mimada.

**PRIMERA COMUNIÓN.**—A los nueve años hice mi primera Comunión. Allí me esperaba Jesús para hacerme el primer llamamiento; pero yo no lo conocí. Después de comulgar junto con muchas otras niñas, me fui a mi lugar y me sentí como sujeta por una persona que tenía mucho fuerza, y yo me veía imposibilitada para moverme. Cuando, me parece que todas se habían ido, mi hermana mayor que me acompañaba, me llamó diciéndome: «¿Has terminado?; ya nos podemos ir».

Lo que pasó en mi primera Comunión no volvió a suceder en las otras. Yo, repito, no conocía entonces a Jesús, ni las operaciones de su gracia. Después de pasados algunos meses en que estuve algo más quieta y seria, empecé con más empeño que antes en busca de un bien que ansiaba mi corazón, sin conocer que este bien era Dios. ¡Con qué afán buscaba en medio de los placeres mundanales llenar esa hambre infinita que Jesús despertó en mí el día de mi primera Comunión! Me parece verme como oveja descarriada correr por valles y collados hasta que el Divino Pastor me alcanzó. Y como me buscaba para hacerme un día hija de su Pasión, de ésta misma se sirvió para que yo arrepentida volviese al rebaño.

El día después de Pascua de Resurrección, que aquel año de 1902 cayó el 30 de marzo, terminadas las funciones en la iglesia de mi parroquia, a las cuales mi mamá nunca permitía que faltasen sus hijas, aunque tenía yo costumbre de escapar en seguida de oír el «Amén» final, ese día me quedé meditando sentada en la esquina de un banco, como buscando con los ojos algo que no encontraba. Miraba a la gente que salía, y miraba al altar. En esto veo dos niñas aproximadamente de mi edad —yo tenía 13 años— que se disponían a hacer el Via Crucis.

Como movida por una fuerza invisible, me levanté y fui a decirles si me permitían acompañarlas. Así dio comienzo la piadosa devoción, que debía después ocupar el primer lugar entre las más queridas de mi corazón. Mientras miraba aquellos cuadros, de los cuales apenas conocía el significado, sentía obrarse en mi alma una transformación inexplicable. Terminado el Via Crucis, regresé a mi casa, situada muy cerca de la iglesia. Pero ya no era la de antes; la hora de la gracia había llegado y triunfado. Empecé a frecuentar la iglesia, a dejar las diversiones, a ser seria y obediente. Al sábado siguiente fui a confesarme; cosa que antes sólo hacía una vez al mes, cuando mi mamá me lo mandaba. Continué confesándome siempre cada ocho días; y después de algunos meses iba a Misa y comulgaba a diario.

**ACOMETIDAS DEL DEMONIO.**—Aquí, para que se vea la rabia del demonio cuando le arrebatan un alma, le diré que, si bien fueron varios los asaltos del enemigo, el de ahora fue el más terrible, por ser reciente mi conversión (había pasado poco más de un mes). No sé si fue el demonio mismo, o si estaría dentro de la persona de quien se sirvió, el hecho es que me encontré en un peligro muy grande que casi me hace temblar todavía sólo de pensarlo. No me parece lugar a propósito para decir más; además creo que V. R. habrá entendido. Le diré sólo que no ofendí a Dios. La Stella matutina, María Santísima, desde el cielo guiaba mis pasos y velaba sobre mí.

**RESOLUCIÓN DE HADERSE RELIGIOSA.**—Delante de la imagen de María, en una capilla a ella consagrada, resolví dejar el mundo cuanto antes me fuera posible y hacerme religiosa. Entre tanto, me ocupaba en hacer todo el bien que podía. Enseñaba el catecismo a las niñas, daba limosnas, visitaba y asistía a los enfermos; procuraba meditar en la muerte, porque la impresión que me causaba, me hacía bien al espíritu. Con permiso del confesor hacía varias mortificaciones: ayunaba, metía en la boca hierbas amargas, tres o cuatro veces a la semana llevaba el cilicio, el viernes ponía en la cama piedras o palos en forma de cruz, etc. Continué teniendo amistad con las dos jovencitas arriba nombradas, porque eran muy piadosas, aunque algo mundanas. Un día —contaba yo 15 ó 16 años— estaba entre unos árboles en mi huerta, cuando oí una voz que me dijo: «Deja a las amigas, que Dios tiene sobre ti otros designios» Creo fue el ángel Custodio.

Omito otras gracias del Señor, antes de mi entrada en el convento, por abreviar y porque deseo más que conozca el estado presente de mi alma, que el pasado. Sólo diré una cosa, y será bastante para que V. R. conozca mi obligación de hacerme santa.

**VOTO DE CASTIDAD.**—Casi un año antes de entrar en el convento, oí hablar del voto de castidad. Pregunté que significaba. Me dijeron que quien lo hacía debía vivir como un ángel, escogía por Esposo a Jesús y no podía pensar ni amar a otro que a El. En seguida pedí al confesor permiso para hacerlo; y el día de Corpus del año 1905, después de comulgar, prometí con voto a Jesús vivir como un ángel. Las cosas de ese día estaban dispuestas de modo que todo me hablara de pureza. Con la Congregación de la Inmaculada fui a la procesión vestida de blanco; pedí al confesor permiso para llevar el cilicio en reparación de las irreverencias que Jesús había recibido. Creo le debió gustar esto, pues me lo recompensó con muchas profusiones de gracias...

Mientras pasaba el sacerdote con la Custodia, yo fijé mis ojos en aquella Hostia blanca, manantial de pureza; y Jesús me hizo sentir que El era el amor por quien suspiraba mi corazón. No sé decir lo que sentí; sólo sé que una fuerza me atraía hacia El; y me adelanté para ponerme lo más cerca que puede de Aquél que había herido mi corazón. Una pobre mujer, al notar este afán mío, me echó atrás diciéndome: «¿Quiéren ustedes ser las primeras en todas partes?» Como mis pensamientos eran tan diversos de los suyos, me quedé tranquila donde ella me dejó. Entonces Jesús me hizo sentir en el corazón estas palabras: «En el cielo me seguirás siempre, y nadie te podrá alejar de mí». Estaba mi alma anegada en un mar de consuelos, de un consuelo que no es de esta tierra. Lloré mucho. Sé que después dijeron a mi mamá: «Su hija parecía

un ángel». Si hubiesen dicho aún más, no me extrañaba, pues me sentía llena de Dios.

Poco antes de este acontecimiento conocí al P. Germán, Pasionista, director de Gema Galgani. La primera vez que me vio, me llamó con el nombre que ahora tengo: «He aquí a Magdalena Pasionista». Diciéndole yo que había muchas dificultades, él añadió: «Te juro delante de Dios que tú serás monja pasionista. Pasará el cielo y la tierra mas las palabras de Dios se cumplirán». Y en otra ocasión me dijo: «Si te viera muerta, creo que Dios te resucitaría para que murieras pasionista».

Todas estas cosas me llenaban de consuelo. Por fin, después de haber superado muchas dificultades, a fuerza de lucha con el cielo, con la tierra y con el infierno, el 10 de junio de 1906, junto con una hermana dos años mayor que yo, que al conocer mi resolución quiso seguirme, y acompañada de mi madre y del confesor, entramos las dos en el Convento de Pasionistas de Lucca, recién fundado; aquél que Dios había pedido algunos años antes a su Sierva Gema Galgani, y situado muy cerca de la casa en donde ella murió. Mi madre quedó con otra hermana casada con la cual sigue todavía.

En el Convento me encontré como en un pedazo de cielo, aunque tuviese padecer algo por mi delicada salud, pues parecía más propia para ponerme en cura, que para empezar una vida de penitencia. Mas el P. Germán, que había asegurado que debía ser pasionista, nada temía. Entre las muchas gracias que el Señor me hizo en el convento, una fue la de encontrar una santa Superiora (hace dos meses que ha muerto en concepto de santa), Madre María Josefa del S. C. Es ésta la religiosa a la cual van dirigidas las cartas de Gema, que están en el libro que V. R. conocerá: *Cartas y éxtasis de la Sierva de Dios Gema Galgani*. Se conocieron en espíritu sin haberse visto nunca. En el Señor, una conocía las necesidades de la otra. Muy pronto creo que escribirán la vida de esta religiosa; y será un volumen muy grande, pues es mucho lo que hay que decir de ella.

En los 7 años que tenido la suerte de vivir a su lado, ¡cuántas instrucciones y ejemplos de santidad me ha dado! Sabía que había acompañado a Jesús en los varios grados de su Pasión. Un día, hablando con ella le pregunté (no porque dudase, sino para ver lo que me decía), si era verdad que Jesús en el Huerto de Getsemani sudó tanta sangre que llegó a mojar la tierra. Después de haber dado un suspiro tan doloroso que jamás olvidaré, me contestó: «¡Hija mía, sí, es verdad! Cuando yo le vi, tenía el rostro como de un moribundo y estaba mojado en sangre como está mojada una persona que sala del baño».

Ahora volvamos a lo nuestro; y dispense, Padre, la digresión. He querido dar a mi corazón, que siente todavía la reciente pér-



didada de tan santa Madre, este pequeño desahogo. Bajo el magisterio de tan santa maestra pasé el año del postulante y del noviciado. Si no fuese por esta Madre que tan prácticamente conocía los caminos del Señor, y los embustes del demonio que en este tiempo más que nunca no me dejaba en paz, no sé si habría llegado a la profesión que, por misericordia infinita del Señor, hice el 5 de julio de 1908.

Después de la profesión, el Señor me quitó en parte los consuelos sensibles y me pidió un amor más fuerte, pues mi amor a Jesús era muy tierno. Un día el P. Germán me regañó mucho a este propósito. Me decía que ya no era tiempo de ser niña y debía dejar las niñerías; de otro modo él pediría al Señor me mandase una fuerte tentación para que tuviera juicio. Y así sucedió. Pasé unos meses que no veía en mi alma más que infidelidades a las gracias del Señor, pecados y temor a que la ira de Dios descargase sobre mí; pensamientos de desesperación y de no perseverar en la religión; y dureza por parte de los Padres espirituales.

Por la noche me levantaba e iba llorando a la Madre, la cual me consolaba con gran caridad. Mas poco duraba este consuelo. Mis infidelidades —y de veras cometí algunas— me hacían temblar y temer por la salvación de mi alma. Mi hermana, viéndome sufrir, sentía pena por mí; y esto me hacía sufrir más.

Un día, de un modo providencial, por medio del mismo P. Germán el Señor devolvió la luz a mi alma y con ella la confianza y la paz. Se sucedían unas a otras las pruebas del tierno amor que Dios me tenía. Pero una voz interior me decía que estuviese preparada, porque no habría de permanecer largo tiempo en aquella casa.

ANUNCIO DE QUE IRÍA A MÉJICO.—Efectivamente, un día la Madre me llamó; yo me puse de rodillas para escuchar sus órdenes; y ella, en tono fuerte y decidido, me dijo: «Usted irá a Méjico para una fundación». Me impresionó algo esta decisión; pero no me sorprendió, pues, como he dicho, Jesús me iba disponiendo.

Veía claramente que mi corazón tenía necesidad de algunas separaciones; desprenderme de algo que impedía al amor de Jesús tomar entera posesión de mí. Ya estaban las cosas, en parte, arregladas para la partida, cuando mi madre se enteró de la decisión tomada. El demonio, envidioso del bien que resultaría si yo marchaba, movió una guerra terrible, sirviéndose de ella. Mas el Señor, que está sobre todo y puede hacer todo lo que quiere sin que nadie sea capaz de impedirselo, volvió a restablecer las cosas, ya que estaban desbaratadas por órdenes del Obispo. Y el 18 de marzo de 1913 partí con otras cinco religiosas para una fundación en Méjico.

Lo que pasó en aquella desgraciada nación —en los 3 años que allí estuvimos—, dejo de decírselo, porque requiere una historia aparte, y ya la he escrito por orden del Rmo. P. General en un cuaderno de 30 ó 40 páginas, el cual fue llevado a Roma para conocimiento de los Superiores. Y acaso lo leyese también el Papa; el Cardenal Vico es cierto que lo leyó. Durante siete meses tuvimos que estar por completo secularizadas; y cuatro veces cambiar de casa para huir del peligro. Y ¡cuántas veces nos encomendábamos el alma, pensando que nos quedaban pocas horas de vida! El bombardeo estaba tan cerca que las balas pasaban por encima de nuestra casa. Una vez un proyectil entró dentro, agujereando todo por donde pasó. En medio de esta situación, el Señor nos hacía ver cada día, con algún hecho particular, que cuidaba de nosotras como de la niña de sus ojos. Era para llorar de ternura. Mas para las que vivimos de fe y sabemos que no tenemos en esta tierra ciudad permanente, las cosas exteriores poco nos conmueven o alteran. Mis ojos estaban fijos en Dios, y mi confianza en El nunca vino a menos. Es cierto que para los que aman a Dios «omnia cooperantur in bonum».

No sé decirle, Padre, cuánto se robusteció mi alma en estas pruebas. En medio de la guerra, yo estaba en paz; ¡paz completa! El Señor no negó nunca la luz a mi alma; y cuando nos guía su luz, y El está presente, no se padece ni en medio del fuego.

VENIDA A ESPAÑA.—Estando las cosas en Méjico como he dicho, los Superiores de Italia nos dieron orden de volver. Entre tanto, nuestros buenos Padres de España, que desde hacía mucho tiempo deseaban una fundación, nos invitaron a venir a esta tierra bendita en donde tantas gracias ha derramado el Señor en mi pobre alma.

En Méjico, cuando todavía se dudaba si volveríamos a Italia o vendríamos aquí, varias veces me sucedió que, estando en oración delante del Santísimo Sacramento, se me presentaba a los ojos del alma Jesús, llevando la Cruz, y me decía: «En España te espero». Y, llegada aquí, no he encontrado más que gracias y consuelos. No es que no hayamos pasado muchas tribulaciones; al contrario, creo que pocas fundaciones hayan tenido tantas contrariedades como ésta. Digo sólo que yo no he encontrado la Cruz; no he padecido nada, porque el Señor no ha quitado nunca la luz de mi alma, antes bien ha ido siempre esclareciéndose; y cuando la luz divina nos alumbraba, me parece, como he dicho más arriba, que ninguna de las cosas exteriores es capaz de afligirnos. Jesús lleva la Cruz; yo le sigo, saboreando la dulzura y suavidad de su yugo. ¿En dónde está, Señor, aquella Cruz que me pareció me esperaba en España?, pregunto alguna vez...

**UNA GRACIA SINGULAR.**—Después de unos meses de estar aquí, el Señor me hizo la gracia siguiente: Era la víspera de la fiesta de la Santísima Trinidad, día aniversario de mi entrada en religión. El Oficio de este día lo he destinado para dar gracias a Dios de haberme sacado del Egipto del mundo. La víspera, como he dicho, mientras rezaba Completas, me sentí poseída de la presencia de Dios de un modo que nunca lo había probado igual. Me parecía no poder rezar ni ver lo que leía. Me dio a entender el Señor que la gracia de la vocación había sido una obra de amor de las tres Divinas Personas. Conocí que no era comprendida ni apreciada bastante esta gracia; sólo en el cielo entenderemos qué quiere decir ser llamados por Dios. Y entendí otras cosas que no sé explicar. Sólo puedo decir que me quedó un sentimiento de compasión muy grande por los que no corresponden a tanta gracia y pasé unos días, o mejor, unos meses, más unida a Dios, con más fuerza para ejecutar las virtudes, más deseosa de mortificarme y atender con diligencia al cumplimiento de mis obligaciones. Me parecía ser llevada al bien sin hacer yo nada. Empecé a entender las operaciones de la gracia en el alma que no pone obstáculo, y lo sencillo que es el camino de la santidad.

No quiere el Señor otra cosa sino que nos demos cuenta del amor que nos tiene; sin hacer más por parte nuestra que abrir la boca para El llenarnos de su espíritu. Recuerdo, Padre, haber leído en su Revista: «que los hombres no atinan a encontrar la santidad, por la gran sencillez de la misma». No se canse nunca de repetir esta verdad, Padre.

Para ir en busca de la santidad se pisa la que ya tenemos a los pies. Cada día voy experimentando más esta verdad y quedo asombrada. ¡Oh, qué poco es lo que hay que hacer para hacernos santos!: Abrir la boca, abrir los ojos; que parece que todos los tenemos abiertos menos para ver la verdad.

**VOTO DE HACER LO MÁS PERFECTO.**—Después de la gracia que le he referido, sucedieron otras a intervalos; y, como consecuencia, me impulsaban a morir a mí misma, a quitar los estorbos de los pequeños defectos e imperfecciones que muy claro conocía se oponían al espíritu de Dios. Sentía que el Señor me pedía algo: el voto de hacer siempre lo que conociese ser más perfecto. Lo entendía, pero no me acababa de resolver por temor de faltar. Al fin, Dios me dio a entender que este temor procedía de poca confianza en El. Sentía decirme al corazón que El no exigía nada imposible de sus criaturas, y que la gracia que ha dado a los santos está pronto a darla a quien confía y cree en su bondad y misericordia... Por fin me resolví, y con permiso del confesor lo hice.

Fue tanta la abundancia de gracia y de paz con que el Señor me manifestó que había hecho una cosa de su agrado, que no me

dejó sombra de duda ser esta su voluntad. Conocí que con ese voto todo caía y se rendía en obsequio de aquel Señor a quien todo pertenece; que había puesto un fuego en mi corazón, un fuego que purifica, que mata y da vida.

Hace casi dos años y medio que tengo este voto, y ha sido para mí un manantial de toda suerte de gracias. Aumento de luz para conocer mi nada, de paz, de libertad de espíritu, acompañada de un temor tranquilo. Mas sobre todo me ayuda a una continua presencia de Dios que me recuerda mis deberes y me pide amor. Alguna vez siento el amor de Dios tan fuerte, que parece que lleva a hacer locuras. Me gusta parangonar mi alma a los globos celestes que tienen dos movimientos: Con el de atracción, me siento atraída a Dios con una suavidad infinita; y con el otro, me siento movida a caminar sobre la órbita del fiel cumplimiento de mis deberes.

Este es, Padre, el estado habitual de mi alma. Hace algunas semanas sentí por unos días con más fuerza esta atracción. La Madre me preguntó qué tenía. Yo no pude decir más que «Dios me daba fuerte deseo de sí. Me dijo ella entonces que no me atase tanto, porque me hacía daño físicamente; que más bien procurase distraerme, pues ese deseo podía ser también efecto de la fantasía, y no de Dios. Procuré obedecer cuanto podía, diciéndome: «Cuando el Señor más me haga sentir su presencia, diré: ¡fantasía, fantasía!». Muy pronto se presentó la ocasión. Pero me sucedió que, cuando estaba para decir *fantasía, fantasía*, lo que dije fue: ¡Es Jesús! Y me quedé contenta, porque entendía que en el alma sólo un Rey manda; y éste es Dios.

Padre: Dios me quiere santa, lo siente interiormente. Pero me parece entender que la santidad que me pide es muy sencilla. Nada de extraordinario, nada de cosas grandes. Que obedezca sin oposición a los movimientos de la gracia, y nada más. Como ve. es obra toda interior y más de Dios que mía.

**VOTO DE PROPAGAR LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN.**—En este momento me viene, Padre, un remordimiento fuerte. En todo lo que le he dicho apenas he hablado de María; de aquella por la cual todas las gracias han venido a mi alma, y en ella se conservan. He hecho voto de propagar su devoción. Con un hierro candente escribí su dulce nombre sobre mi corazón; y en medio del pecho el de Jesús. ¡Sin María me es imposible hacerme santa!

Con más de 25 ó 30 interrupciones he hecho, Padre, este escrito que le envío, sin volverlo a leer. No está escrito ni en italiano, ni en castellano; tiene un poco de todo. Creo lo entenderá; y lo que no entienda, déjelo al Señor; Dios lo entiende todo.

Sin más le ruego me dé su bendición.—MARÍA MAGDALENA DE JESÚS SACRAMENTADO, religiosa pasionista.

## 2.—FICHA BIOGRAFICA

- 24.4.1888 Nace en San Gemignano - Ponte a Moriano (Luca). Sus padres fueron Casimiro Marcucci y Sara Simi. En el bautismo recibe el nombre de María Josefina Teresa.
- 1894-1897 Estudios en la escuela primaria del pueblo. De natural vivo e inteligente, a los 9 años recibe la Primera Comunión.
- 1897-1906 Intensa vida espiritual. Espíritu de oración con largas permanencias en la iglesia parroquial, frecuencia de sacramentos especialmente la Eucaristía; Misa diaria. Lucha contra las vanidades femeninas y se muestra servicial con todos. Hace de catequista con los niños del pueblo y su ejemplo irradia sobre la gente.
- 10.6.1906 Ingresa en el Monasterio de las Pasionistas de Luca. Tiene como directores a Mons. Volpi y al P. Germán de San Estanislao. Su paraíso es la clausura.
- 27.6.1906 Comienza el Noviciado, junto con su hermana María Teresa. Cambia el nombre de bautismo por el de *María Magdalena de Jesús Sacramentado*.
- 5.7.1907 Emite la profesión religiosa, que le une a su Amor Crucificado. Coloquios frecuentes con el P. Germán, el cual un día le profetiza: «¡Serás santa!».
- 18.3.1913 A la edad de 25 años sale en el grupo de las Pasionistas que desde Luca van a fundar en Méjico. La revolución frustra la fundación. El Señor le revela en una locución interior: «¡En España te espero!».
- 13.1.1916 Sale con otras dos religiosas de Méjico para España. Permanece dos años en Lezama (Vizcaya). El año 1918 se funda el Monasterio de Deusto (Bilbao). Grandes progresos espirituales. Con el permiso del confesor emite dos votos heroicos: 1.º, el de contrariar todas las tendencias naturales; 2.º el de hacer lo más perfecto (12.12.

1919). El 14.8.1920 graba con un hierro candente el nombre de Jesús en su pecho.

- 5.2.1922 Encuentro con el P. Juan González Arintero, O.P. Inicia la época de sus actividades como escritora mística y de Apóstol del Amor con el seudónimo de «J. Pastor». Sus artículos, leídos con avidez, procuran a las almas un bien inmenso. Se la compara con Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús por su doctrina y el fuego de amor que penetra sus escritos.
- 1924-1928 A los 35 años es elegida Maestra de Novicias. Sigue en el cargo hasta 1928. Por orden de su director, da comienzo a su *Autobiografía*. Muere el P. Arintero (20. 2 1928); le sucede el P. Sabino M. Lozano como director de la M. Magdalena.
- 25.6.1928 La Comunidad la elige Superiora a los 40 años; oficio que simultanea con su actividad de escritora.
- 1935-1941 De Luca la llaman para regir aquella comunidad. Construye el nuevo Santuario y el Monasterio de Santa Gema Galgani.
- 19.8.1941 Abandona Italia y regresa a España. Termina la *Autobiografía*. Publica varios perfiles biográficos de santos y siervos de Dios Pasionistas, y un par de biografías extensas. Funda el nuevo Monasterio e Iglesia de Religiosas Pasionistas en Madrid. Modelo de virtud para la Comunidad.
- 10.2.1960 Muere de pulmonía a la edad de 72 años. Recibe sepultura en la cripta de la iglesia construida por ella misma en Madrid. La fama de su santidad continúa difundándose cada vez más.
- 15.10.1975 Los restos mortales de su confesor, el P. Sabino Lozano, O.P., son depositados junto a su sepulcro de la cripta de las Pasionistas. Difusión de sus libros por todo el mundo.



### 3.—ASOCIACION DE AMOR A MARIA SANTISIMA

Este piadoso ejercicio fue ideado por la M. Magdalena a comienzos del año 1922 y propagado por ella entre las personas devotas que tenían relación con el Convento de MM. Pasionistas de Deusto (Bilbao). A mediados del mismo año, se lo propuso también a su director espiritual, el P. Arintero; éste perfiló su redacción definitiva, lo adoptó como práctica personal diaria en honor de María y, juntamente con la M. Magdalena, se convirtió en propagador del mismo mediante la Revista «La Vida Sobrenatural» y la difusión de hojitas impresas que se repartieron por millares en todo el mundo de lengua española. Más tarde se procuró la traducción italiana; y ahora se difunden también en inglés y portugués.

Consiste esta devoción en ir a descansar todos los días unos minutos a solas a los pies de nuestra querida Madre, haciéndole dos visitas diarias, una por la mañana y otra por la tarde, de la manera siguiente:

Se destina en un lugar apartado de la casa o en el aposento una imagen de la Inmaculada, para la visita de la mañana y una de la Dolorosa para la de la tarde; y en el primer momento libre que cada uno tenga solo, pues siendo visita de amor el amor no quiere testigos, vaya a postrarse delante de María. Habrá circunstancias en que no podrá hacerse la visita a la imagen destinada; entonces hágase a otra, en lo posible, bajo el mismo título. A veces puede ocurrir por estar en compañía de otras personas, o por estar de viaje, que no se pueda hacer ni aún de este modo; entonces se hace en espíritu. Con un vuelo de amor se va a los pies de nuestra Madre que nos espera a la cita de amor. Este último modo ha de ser raras veces, pues es justo que también el cuerpo se postre y obsequie a su Señora y Reina. Jamás, por ningún motivo, se ha de dejar, pues dejándola se haría esperar a la amada Señora, a la que hemos dado palabra de visitar y que tanto desea y espera nuestra visita para llenarnos de las gracias divinas.

Si sucediere, especialmente en los principios hasta que uno se haya acostumbrado, que se nos olvidare, conviene pedir perdón en la primera visita que se haga imponiéndonos alguna penitencia, por ejemplo, una Salve con los brazos en cruz; hermosa plegaria, que en su brevedad encierra tantos y tan tiernos sentimientos. Os aseguro que, si tenéis buena voluntad, muy pronto tomaréis esta santa costumbre o, mejor dicho, sentiréis la necesidad de acudir a María. Ella misma os hará sentir un dulce llamamiento interior para ir a postraros a sus pies, y descansar unos instantes junto a su corazón, que conoce como ninguno nuestros dolores, nuestras angustias y penas y puede aliviarlas; y así os dirá interiormente: «Bienaventurado el hombre que me oye y que viene todos los días a velar a mi puerta». Ella sabe las pruebas que os esperan, la fuerza que necesitáis para luchar con los enemigos que, acaso dentro de pocas horas o pocos minutos, os han de asaltar.

#### INTENCIONES PARA LA VISITA DE LA MAÑANA

Postrados de rodillas delante de una imagen de la Inmaculada, Madre nuestra, considerar nuestra alma como una tierra árida, sin agua, y a la Santísima Virgen como la fuente del agua viva, que espera corazones sobre quienes derramarla para que florezca en ellos, como en tantos otros místicos jardines, las flores y frutos de las virtudes en donde Ella se recree y también su divino Hijo. Ofrecerle todo nuestro ser, pidiéndole que con los resplandores de su Inmaculada pureza ilumine los senderos en que hemos de andar, a fin de que, cuando volvamos a sus pies en la siguiente visita, nada encuentre en nosotros indigno de sus purísimos ojos —pedirle su asistencia en los asuntos particulares que tengamos entre manos, sean nuestros, o de otros—; hablarle, en una palabra, según las circunstancias en que nos encontremos o las disposiciones de nuestro espíritu con la confianza de un hijo con la madre más amante y cariñosa. Rogarla que viva en nosotros con su humildad, con su paciencia, con su obediencia, con su dulzura para atraer a Dios las almas, con su caridad para con todos, mas sobre todo con su ardiente amor a Dios.

No es necesario expresar con palabras todo esto; la intención que nos lleva a sus pies ya lo dice y bien lo entiende su maternal corazón. El amor habla poco, y muchas veces nada, porque la lengua del amor es el corazón, acordándonos de que el amor nos ha conducido a los pies de María y sólo amor es lo que queremos: el cual se lo pediremos con un beso, señal la más ordinaria que usan los pequeñitos con sus madres cuando no saben hablar, para pedirles su amor. ¡Y qué pequeñitos somos nosotros delante de la

excelsa Madre de Dios! Queriendo decir todo esto con una breve fórmula, se podrá usar las siguiente:

## ORACION PARA LA VISITA DE LA MAÑANA

(ante la Inmaculada)

*¡Oh Inmaculada Madre de Jesús y Madre mía, María! Yo me consagro todo a Vos sin reserva: aceptad la oferta y tomad posesión de mí, continuando en mí, como en vuestra vida mortal, amando a Dios y a los hombres y haciendo bien a todos. Bendecidme, oh Madre, y concededme morir un día de amor en vuestros brazos. Virgen fiel: ruega por nosotros.*

Una o tres Avemarías pidiendo para todos los socios la fidelidad en el amor a María.

## INTENCIONES PARA LA VISITA DE LA TARDE

La visita de la tarde se hará en la misma forma que la de la mañana, excepto que ha de ser a una imagen de la Dolorosa que la represente en el Calvario, o con Jesús muerto en los brazos, o sola al pie de la Cruz.

En esta visita nuestro corazón ha de estar lleno de amor y de dolor, considerando la desolación, grande como el mar, en que nosotros hemos puesto a nuestra Madre. Todos los dolores de la vida humana comparados con los de María son como sombras. Le pediremos humildemente que por sus dolores sea nuestra luz cuando caminemos en la sombra de la muerte, y que nos dé en aquella hora la sinceridad y la calma de su corazón cuando vio sumergir en la alta mar de la Pasión a su Santísimo Hijo, rogándole con la más viva confianza nos conceda las gracias expresadas en la siguiente plegaria:

## ORACION PARA LA VISITA DE LA TARDE

(ante La Dolorosa)

*¡Afligidísima Madre de Jesús y Madre mía, María! Por el dolor que sufristeis en las tres horas cuando asististeis a la muerte de Jesús, asistidme en mi última hora. Por el dolor que sentisteis al recibir a Jesús muerto en vuestros purísimos brazos, concededme recibirle sacramentado en el corazón en la hora en que deberá ser mi Juez. Por el dolor que tuvisteis en la soledad después del entierro de Jesús, estad conmigo, no me dejéis solo en el juicio particular; tomadme en vuestros brazos y decid a vuestro Hijo que la sentencia que pronuncie sobre mí sea la de ser yo llevado al cielo en*

*vuestros mismos brazos maternos. María, Madre de gracia, Madre de misericordia, ampárame ahora y en la hora de mi muerte. Amén.*  
Jaculatoria y Avemarías con la misma intención que en la mañana.

---

Para animarnos a la práctica de esta devoción pensemos en el gran consuelo que tendremos en la hora de nuestra muerte, y mucho más si nuestros ojos moribundos pueden fijarse sobre las mismas imágenes de la Visita. Nuestra tierna Madre en aquella hora en que nosotros no podamos ya ir a visitarla vendrá ella misma a consolarnos, asistirnos y llevarnos al cielo. Allá todos los que hemos practicado esta santa devoción nos conoceremos, y alabaremos y bendeciremos a Dios y a su Santísima Madre por habernos enseñado un medio tan fácil para alcanzar la gloria que con ellos eternamente gozaremos.

*Nihil obstat:* FR. JOANNES G. ARINTERO, O.P.—*Reimprimatur:* Obispado de Salamanca.

## 4.—ORACION PARA USO PRIVADO PIDIENDO SU GLORIFICACION

Trinidad Santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo; por los singulares méritos y gracias concedidas a la M. María Magdalena llamándola Apóstol del Amor, concédenos que a su imitación el amor divino llene nuestras almas y te demos toda la gloria que de nosotros esperas. Te lo pedimos por los méritos e intercesión de esta tu fiel sierva, junto con la gracia de su glorificación. Así sea.

(Récense tres veces el Gloria al Padre..., para obtener esta gracia).

Para cuanto se relacione con esta sierva de Dios pueden dirigirse a las Religiosas Pasionistas, C/ Arturo Soria, 257. Madrid-33.

## INDICE

Un fenómeno de la gracia .....	5
I. Luca .....	7
II. Religiosa Pasionista .....	13
III. Deusto .....	19
IV. En Madrid .....	27
1. Relación primera de conciencia de la M. Magdalena a su director espiritual P. JUAN GONZÁLEZ ARINTERO, O.P. ....	33
2. Ficha Biográfica .....	42
3. Asociación de amor a María Santísima .....	44
Oración para pedir la Beatificación de la M. Magdalena .....	47

## Obras de M. Magdalena (J. Pastor), C. P.

publicadas por el P. Arturo Alonso Lobo, O.P.

«HACIA LAS CUMBRES DE LA UNION CON DIOS» (2.<sup>a</sup> ed.)  
Salamanca, 1979, 289 pp.

Ediciones de «HACIA LAS CUMBRES DE LA UNION CON DIOS» en inglés, italiano, francés y alemán:

*En inglés:* «TOWARD THE HEIGHTS OF UNION WITH GOD»  
Está hecha el año 1972 en USA.

*En italiano:* Saldrá en la primavera de 1980.

*En francés:* Se publicará en la primavera de 1981.

*En alemán:* Se publicará en la primavera de 1982.

Los pedidos de todas las ediciones extranjeras, háganse a:

Religiosas Pasionistas  
Arturo Soria, 257  
Madrid-33 (España)

«APOSTOL DEL AMOR». *Autobiografía de J. Pastor*. Salamanca 1971, 582 pp. (Está traducida al inglés, «Apostle of Love». Kentucky, USA, 1972).

«EN LA CIMA DEL MONTE SANTO». Salamanca 1972, 740 pp.

«LA SANTIDAD ES AMOR». 2.<sup>a</sup> ed. Salamanca 1973, 472 pp. (Está traducida al italiano, «La santità è amore», Roma 1979. También hay traducción inglesa, «Holiness is Love», Kentucky, USA, 1975).

Los pedidos de todas las ediciones españolas, háganse a:

Director de «La Vida Sobrenatural»  
Apartado 17, Salamanca (España)



*Electro ani pediatra 2*

Padres Paninistas  
Plaza de San Feliciano  
BILBAO 14